

Del malestar social a la participación ciudadana

Nuestro país ha sido golpeado fuertemente por una crisis sanitaria mundial, la cual ha expuesto la fragilidad de su democracia y el descontento que sus ciudadanos le tienen. El aumento de la pobreza, la creciente brecha de la desigualdad social, los casos de corrupción de políticos y la impunidad que gozan, son algunos de los tantos problemas que han agotado la paciencia de los mexicanos, sintiéndose decepcionados y enojados con su gobierno.

Lo ocurrido en las elecciones de 2018, lo que se conoció como “efecto AMLO”, es reflejó del hartazgo que muchos mexicanos le tienen al sistema, y en los comicios hicieron uso de su voto para quitar del mapa a los partidos que les han fallado. De todos los candidatos a la presidencia, solo uno logro convencer a gran parte del electorado, con su discurso de transformación y de los daños que gobiernos anteriores han provocado.

Sin embargo, desde el triunfo de Morena en 2018 las cosas parecieran no haber cambiado de la forma en que se prometió en la campaña electoral. Los problemas que padecía el país siguen presentes, y con la llegada del coronavirus algunos se han intensificado como el desempleo y la inseguridad. Como si esto no fuera suficiente, el país está presentando una polarización que, si bien ya existían diferencias entre la población, la línea divisoria nunca había estado tan marcada como ahora.

El creciente racismo y clasismo a sobrepasado las diferencias políticas, volviéndose un conflicto racial y cultural entre los ciudadanos, los cuales se reflejan en expresiones como “chairo” y “fifi”, llegando a otras como moreno, naco, etc. Pero probablemente lo peor es que la profunda grieta política y social que divide a los mexicanos es fomentada desde los más altos niveles del gobierno.

Para el Presidente de la República su ideología y solo un partido son los que verdaderamente encarnan los valores positivos. En las conferencias mañaneras se recuentan los actos del pasado creando un clima de miedo y enojo. Lo que escuchamos son los males que han caracterizado los sexenios anteriores. Por ejemplo, la inseguridad en el gobierno del expresidente Felipe Calderón, provocado por la guerra contra el narcotráfico. Así como los casos de corrupción durante el gobierno de Enrique Peña Nieto y sus allegados. Todo

esto es continuamente repetido, aunque mismo en su gobierno, han existido funcionarios con gran historial de malversación pública.

Constantemente acusa a quienes piensan diferente a él, asegurando que son los enemigos del pueblo. Esto erosiona los valores de igualdad, tolerancia y fraternidad que caracterizan a una democracia. A pesar del daño que provoca, un gran número de mexicanos le cree y considera cierto lo dicho. El pasado es usado para justificar lo realizado o no en su mandato. Y cuando se le pregunta sobre las problemáticas del país, el Presidente sencillamente no responde, tiene otros datos, o cambia el tema.

Mientras esto sucede, los gobernantes continúan siendo ajenos a las necesidades y anhelos del pueblo mexicano. No se ha puesto la iniciativa social en el escenario político, en las instituciones como los congresos locales y la Cámara de Diputados no se muestra mucho interés por atender lo que en realidad aqueja a la sociedad. O no hay un acuerdo entre las diferentes partes. Ciertamente son problemas muy complejos que no tienen una solución pronta, pero tampoco se tiene la mayor disposición de empezar. En su lugar tenemos fallas, equivocaciones y actos de corrupción tan escandalosos, que no han encontrado castigo.

Por otro lado, están los partidos políticos los cuales han provocado una creciente falta de credibilidad. Estas entidades se han convertido en máquinas electorales que se encienden cada tres años, concentrándose en ganar las elecciones. Las dificultades que presentan se han intensificado a lo largo del tiempo, su incapacidad por presentar candidatos competentes y comprometidos; la falta de propuestas que motiven a los ciudadanos a votar por ellos; y su continuo uso de discursos reciclados. En lo que se han concentrado es en culparse unos a otros, aprovechándose de los errores de sus adversarios antes de corregir los suyos.

Todas estas situaciones hacen que como ciudadanos estemos en una posición de indiferencia, dudando si nuestra participación de algo servirá para cambiar el rumbo del país. Pero en nuestra historia está escrito el gran potencial que tenemos los mexicanos cuando nos unimos y participamos. Después de los eventos ocurridos el 2 de octubre de 1968 y del Halconazo en 1971, en los cuales el régimen mostró su cara más autoritaria, reprimiendo a los jóvenes que exigían el respeto a sus derechos y que denunciaron el abuso

de poder del gobierno. Esto provocó el principio del fin de setenta años de un partido dominante.

Después de esos terribles hechos, la molestia de todo un país y el desgaste que iba desarrollando el régimen político, hicieron que se diera paso a la integración de las diferentes fuerzas que formaban al país. Esto se tradujo en la creación de las reformas electorales de 1977, 1988, 1990, las cuales hicieron posible: la inclusión y la representación de la pluralidad política en el ámbito institucional; la construcción de instituciones que dieran certeza de los procesos electorales; y las condiciones de equidad en la competencia electoral.

Aunque ninguna de las reformas por sí solas significó una ruptura con el pasado, la movilización social ayudó a que tuvieran un mayor desarrollo. Y es que el proceso de democratización ha sido tan paulatino, pero constante que, aunque los cambios son significativos no se llegan a apreciar. Si actualmente contamos con el respeto de nuestros derechos político-electorales es gracias a la lucha de muchas generaciones, que sin miedo y con determinación exigieron el verdadero funcionamiento del régimen democrático.

La introducción de las reformas, el pluralismo en el Congreso, las victorias de los partidos de oposición en los gobiernos estatales construyeron las condiciones para convertir un régimen con tintes de autoritarismo a uno con mecanismo de competencia electoral. Pasamos de un país dominado por un solo partido, donde la competencia era eliminada, a uno con una política multicolor que se reproduce en todo el territorio nacional y en todos los niveles de gobierno.

La democracia la constituimos todos, no solamente quienes ostentan el poder. Esta en nosotros defender lo que tanto ha costado, respetando los valores de fraternidad, tolerancia e igualdad. No debemos dejar que todo lo que hemos avanzado se vea eliminado por las injerencias y mensajes de odio de algunos, y por las fallas de políticos e instituciones públicas. Hay que hacernos presentes, presionando a nuestros representantes a la correcta función del cargo, exigiendo que cumplan con lo que prometieron por medio de las diferentes herramientas de comunicación y de participación ciudadana.

En estos tiempos de polarización, debemos estar unidos, sin desconfiar de nuestros semejantes, aceptando las diferencias de opiniones y creencias, de lo contrario no podremos vivir como ciudadanos libres e iguales. El pluralismo ideológico es una de las cualidades de

México, y no se tiene que ver opacado por la monotonía de un solo partido político, como sucedió en el siglo pasado.

Por su parte los servidores públicos deben tener en cuenta que su función es velar por los intereses de aquellos que representan. Desde los diferentes puestos en los que se encuentran tienen que buscar el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo mexicano, y el respeto a sus derechos humanos. Con esto se incrementará la eficacia del servicio público, sumándole credibilidad a los diferentes organismos públicos. Esta tarea sencilla no es, pero el trabajo y esfuerzo constante han sido los responsables de lo mucho o poco que tenemos en nuestros días.

A pesar de nuestro justificado malestar con nuestro gobierno debemos ser capaces de ejercer nuestras obligaciones como ciudadanos, corrigiendo los males que consideramos dañan a nuestro país. Estar desconectado no resolverá las cosas, al contrario, los problemas seguirán presentes. Nos queda todavía un camino por recorrer, y si se cuenta con una sociedad organizada y activa que exija a sus gobernantes el cumplimiento de sus funciones y el buen ejercicio del cargo, la democracia que hemos venido construyendo quedará cimentada.